

CAPÍTULO PRIMERO

LUCHA DE CLASES Y VIOLENCIA

- I. — *Luchas de grupos pobres contra los grupos ricos. Oposición de la democracia a la división en clases. Medios de adquirir la paz social. Espíritu corporativo.*
- II. — *Ilusiones relativas a la desaparición de la violencia. Mecanismos de las conciliaciones y alientos que ésta proporciona a los huelguistas. Influjo del miedo en la legislación social y sus consecuencias.*

I

Todo el mundo deplora que sean tan oscuras las discusiones relacionadas con el socialismo. Tal oscuridad proviene en gran parte, de que los actuales escritores socialistas utilizan una terminología que no suele corresponder a sus ideas. Los más conspicuos de los intitulados reformistas parecen resistirse a prescindir de ciertas frases que durante mucho tiempo sirvieron de rótulo para caracterizar la literatura socialista. Cuando Bernstein, advertido de la enorme contradicción existente entre el lenguaje de la Socialdemocracia y el verdadero carácter de su actitud, predicó a sus camaradas alemanes la valentía de parecer lo que realmente eran¹ y de revisar una doctrina que ya

¹ Bernstein se queja del abogadismo y la gazmoñería reinantes en la Socialdemocracia. (*Socialisme théorique et socialdémocratie pratique*, trad. franc., p. 277). Le aplica a la Socialdemocracia estas palabras de Schiller: "¡Que se atreva a parecerse a lo que es!" (p. 238).

resultaba engañosa, surgió un clamor general de indignación contra el audaz. Los reformistas no fueron de los menos encarnizados en la defensa de las antiguas fórmulas y recuerdo haber oído a notables socialistas franceses que encontraban más fácil aceptar la táctica de Millerand que la de Bernstein.

El culto idolátrico a las palabras desempeña un papel importante en la historia de todas las ideologías; constituye bastante desgracia para el socialismo la conservación de un lenguaje marxista por gentes que resultan por completo ajenas al pensamiento de Marx. El término "lucha de clases", por ejemplo, se emplea abusivamente, y mientras no se consiga devolverle un sentido perfectamente categórico, habrá de renunciarse a dar una explicación razonable del socialismo.

A) Para la mayoría la lucha de clases constituye *el principio de la táctica socialista*. Esto significa que el partido socialista asienta sus éxitos electorales en la contraposición de intereses que, con carácter agudo, existe entre ciertos grupos: y que, en caso preciso, se encargaría de agudizarla más. Los candidatos pidieron a la clase más numerosa y pobre que se considerara como una corporación y se ofrecieron como abogados de ésta. Merced a la influencia que puede darles su título de representantes han de trabajar mejor por aliviar la suerte de los menesterosos.

Con ésto no nos desentendemos de lo que ocurría en las ciudades griegas: los socialistas parlamentarios se asemejan mucho a los demagogos que reclamaban constantemente la abolición de las deudas y el reparto de las tierras, que imponían a los ricos todas las cargas públicas e inventaban complots para lograr la confiscación de las grandes fortunas. "En aquellas democracias, donde la multitud puede dictar soberanamente la ley —dice Aristóteles— los demagogos, con sus continuos ataques a los ricos, dividen siempre a la ciudad en dos bandos... Los oligarcas debieran renunciar a la prestación de juramentos cual los que formulan hoy día: porque he aquí el juramento que en nuestra época pronunciaran en algunos Estados: "Seré enemigo constante del pueblo y he de hacerle cuánto daño pueda".²

² Aristóteles: *Política*, libro VIII, cap. VII.

He aquí en verdad, una lucha entre dos clases, claramente caracterizada en lo posible; pero se me antoja absurdo que Marx concibiese así la lucha en que cifraba la esencia del socialismo. Creo que los autores de la ley francesa del 11 de agosto de 1848 tenían llena la mente de remembranzas clásicas al establecer una pena contra los que con discursos o artículos periodísticos buscaban "alterar la paz pública, excitando el desprecio o el odio de los ciudadanos, unos contra otros". Se acababa de salir de la terrible insurrección del mes de junio y dominaba el convencimiento de que la victoria de los trabajadores parisienses habría acarreado si no la práctica del comunismo, al menos formidables requisas, impuestas a los ricos en favor de los pobres; pero se confiaba en poner término a las guerras civiles dificultando la propaganda de doctrinas de odio, capaces de sublevar a los proletarios contra los burgueses.

Hoy los socialistas parlamentarios no piensan en la insurrección y si a veces hablan de ella todavía, es por darse importancia. Enseñan que la papeleta del voto ha reemplazado al fusil; pero el medio de conquistar el Poder puede haberse modificado sin que los sentimientos variaran. La literatura electoral parece inspirarse en las más puras doctrinas demagógicas: el socialismo se dirige a todos los descontentos, sin averiguar qué sitio ocupan en el campo de la producción y —como en una sociedad tan compleja cual la nuestra y tan amenazada de cataclismos económicos, todas las clases tienen enorme número de descontentos— a menudo se encuentran socialistas allí donde menos se esperaba. El socialismo parlamentario emplea tantos lenguajes como clientelas tiene. Busca a los obreros, a los pequeños patronos, a los campesinos, y, a pesar de Engels, se ocupa de los arrendatarios agrícolas;³ ya es patriota, ya declama contra el ejército. No le detiene contradicción alguna, pues la experiencia ha mostrado que es posible, en el curso de una campaña electoral, la agrupación de fuerzas que habían de ser normalmente antagónicas, según las concepciones marxistas.

³ Engels, *La cuestión agraria et le socialisme-Critique du parti ouvrier français*, traducido por el "Mouvement socialiste". 15 de octubre de 1900, pág. 453. Muchas veces se descubrió que había socialistas que tenían una proclama electoral para la ciudad y otra para el campo.

Además, ¿es que no puede servir un diputado a electores de todas las categorías económicas? El término proletario ha acabado por ser sinónimo de "oprimido", y éstos existen en todas las clases sociales; ⁴ los socialistas alemanes se tomaron un desusado interés en las aventuras de la princesa de Coburgo.⁵ Uno de nuestros más distinguidos reformistas, Henri Turot, que por mucho tiempo fue redactor de "La Red Petite République"⁶ y concejal de París, escribió un libro que trata de "las proletarias del amor", nombre representativo de las meretrices de baja estofa. Si algún día se concede a la mujer el derecho al voto, Turot será, sin duda, el encargado de formular las reivindicaciones de este proletariado especial.

B) La democracia contemporánea se halla en Francia un poco desorientada por la táctica de la lucha de clases, lo cuál explica que el socialismo parlamentario no se mezcle al conjunto de los partidos de la extrema izquierda. Para explicarse el porqué de tal situación es necesario recordar el contenido preeminente que las guerras revolucionarias desempeñaron en nuestra historia. Gran número de las ideas políticas que hoy poseemos dimanar de la guerra, que explica la unión de las fuerzas nacionales frente al enemigo; y los historiadores franceses han juzgado con áspera dureza las insurrecciones que dificultaban la defensa de la patria. Nuestra democracia semeja ser más rigurosa para los insurrectos que las monarquías y todavía se califica diariamente de infames traidores a los vendedores. Todos los artículos de Clemenceau contra las ideas de Hervé, son de pura extracción revolucionaria, y él mismo lo dice claramente: "Me atengo, y me atenderé siempre, al patriotis-

⁴ Coartados por el monopolio de los agentes de cambios, los corredores de la Bolsa resultan asimismo proletarios financieros, y en su grupo existe más de un socialista admirador de Jaurès.

⁵ El diputado socialista Sudekun, *el hombre más elegante de Berlín*, tuvo intervención importante en el rapto de la princesa de Coburgo, negocio en el cual esperamos que no haya intereses financieros. Sudekun representaba entonces en Berlín al diario de Jaurès.

⁶ H. Turot, fue redactor durante mucho tiempo de "L'Eclair" y "La Petite République". Al tomar Judet la dirección de "L'Eclair", puso en la calle a su redactor socialista.

mo anticuado de nuestros padres de la Revolución"; y se mofa de aquellos que anhelan "suprimir las guerras internacionales para entregarnos pacíficamente a las dulzuras de la guerra civil ("L'Aurore", 12 de mayo de 1905).

Durante mucho tiempo los republicanos negaron en Francia la lucha de clases: su temor a las revueltas les hacía no querer fijarse en los hechos. Juzgándolo todo desde el punto de vista abstracto de la declaración de los Derechos del Hombre, afirmaban que la legislación de 1789 tuvo por objeto borrar la diferencia de clases en el Derecho, y por ello se oponían a los proyectos de legislación social que, casi siempre, afirman de nuevo la noción de clases y distinguen entre los ciudadanos a ciertos grupos inaptos para servirse de la libertad.

"La Revolución creyó suprimir las clases —anota melancólicamente Joseph Reinach en "Le Matin" (19 de abril de 1895);— pero éstas renacen a cada paso que damos... Es preciso reconocer los retornos ofensivos del pasado: pero no resignarse, sino combatirlos".⁷ La práctica electoral llevó a muchos republicanos a reconocer que los socialistas obtenían grandes éxitos sirviéndose de las pasiones de celos, decepción y odio existentes en el mundo. Así advirtieron que hay lucha de clases e incluso no pocos adoptaron la jerga de los socialistas parlamentarios; así es como nació el partido que se llama radical-socialista. El mismo Clemenceau asegura conocer a moderados que de la noche a la mañana se hicieron socialistas. "En Francia —dice— los socialistas a quienes conozco ⁸ son excelentes radicales, que juzgan que las reformas de carácter social no avanzan como es de desear y tienen por principio de buena táctica pedir lo más para lograr lo menos. ¡Cuántos nombres y confidencias podría citar en apoyo de mis asertos! Pero sería inútil, porque nada resulta menos misterioso". ("L'Aurore", 14 de agosto de 1905). León Bourgeois, que no ha querido someterse por entero a la nueva moda y que tal vez por ello, dejó la Cámara de Diputados para ingresar en el Senado, decía en el congreso de su partido (julio de 1905): "La

⁷ J. Reinach: *Démagogues et socialistes*, pág. 198.

⁸ Clemenceau conoce muy bien, y desde hace mucho, a todos los socialistas del Parlamento.

lucha de clases es un hecho, y un hecho cruel. No creo que se llegue a la solución del problema prolongándola, y sí suprimiéndola, haciendo que todos los hombres se juzguen asociados a la misma obra". Se trataba, pues, de crear legislativamente la paz social, mostrándoles a los pobres que en el mejoramiento de su suerte radica el mayor cuidado del gobierno e imponiendo necesarios sacrificios a los poseedores de fortunas consideradas demasiado grandes para la armonía de las clases. La sociedad capitalista posee tantas riquezas y ve lo porvenir con tan risueños colores, que soporta cargas abrumadoras sin quejarse en demasía: en América, los políticos derrochan sin pudor impuestos cuantiosos; en Europa, los preparativos militares devoran sumas que cada día son más considerables;⁹ la paz social puede adquirirse muy bien por algunos sacrificios complementarios.¹⁰

La experiencia indica que la burguesía se deja despojar fácilmente, con tal que se la oprima un poco y se la asuste con la revolución. El partido que maneje con mayor audacia el espectro revolucionario tendrá por suyo el porvenir y ya lo va comprendiendo el partido radical. Pero, por hábiles que sean sus clowns, ha de costarles mucho trabajo hallar gentes que deslumbren tan bien a los opulentos banqueros judíos como Jaurés y sus amigos.

C) La organización sindical otorga un tercer valor a la lucha de clases. Patronos y obreros forman, en cada rama de la industria, grupos antagónicos que están en continua discusión, parlamentan y firman tratados. El socialismo acarrea su terminolo-

⁹ En la Conferencia de La Haya declaró el delegado alemán que su país soportaba fácilmente las cargas de la paz armada: para León Bourgeois, Francia soportaba "con igual alegría las obligaciones personales y económicas que la defensa nacional impone a sus conciudadanos; Ch. Guleysse, que cita esos discursos, estima que el zar había solicitado la limitación de las cargas militares por no ser Rusia lo bastante rica como para equipararse a los grandes países capitalistas. (*La France et la paix armée*, pág. 45).

¹⁰ He aquí por qué declaraba Briand a sus electores de Saint-Etienne (9 de junio de 1907) que la República ha contraído con los trabajadores un compromiso sagrado respecto a los retiros obreros.

gía de lucha social y viene a complicar así determinadas comprobaciones, que podrían seguir siendo de índole particular. El exclusivismo corporativo, tan parejo al espíritu local, o bien al de raza, queda vigorizado, y sus representantes gustan de imaginarse cumplidores de un deber superior y que practican un excelente socialismo.

Es sabido que los querellantes ajenos a una población reciben trato poco benigno de los Tribunales de Comercio que allí residen y cuyos jueces procuran dar la razón a sus colegas. Las compañías ferroviarias han de pagar a precios fantásticos los terrenos cuyo valor fijan los jurados que provienen de los propietarios del país. He visto a los bondadosos pescadores agobiar a multas, por imaginadas infracciones, a los marinos italianos que venían a hacerles competencia, en virtud de antiguos tratados. De igual modo, muchos trabajadores se muestran dispuestos a admitir que en toda pugna con el patrón, la Moral y el Derecho están representados por el obrero: he oído afirmar a un secretario de sindicato —tan fanáticamente reformista que le negaba talento oratorio a Guesde— que nadie poseía como él el sentimiento de clase— por razonar según queda dicho; y luego concluía que los revolucionarios no tenían el monopolio de concebir correctamente la lucha de clases. Se comprende que muchas personas pensarán que este espíritu corporativo no es mejor que el localista, y aunque procurasen hacerlo desaparecer, sirviéndose de procedimientos harto análogos a los que tanto atenuaron en Francia los celos que había entre las provincias. Una cultura más amplia y el trato con gentes de otra región, anulan con rapidez el provincialismo. ¿No podría extinguirse el sentimiento corporativo logrando que los prohombres de los sindicatos tengan frecuente comercio con los patronos, y dándoles oportunidad para intervenir en discusiones de orden general en comisiones mixtas? La experiencia ha mostrado que esto es factible.

II

Los esfuerzos encaminados a provocar la desaparición de las causas de hostilidad notorias en la sociedad moderna, han

producido indudables sustos, por más que los pacificadores se equivocaron grandemente sobre el alcance de su obra. Mostrándoles a algunos funcionarios de los sindicatos que los burgueses no son tan terribles como lo creían, colmándolos de amabilidades en comisiones constituidas en los Ministerios o en el Museo social, y dándoles la sensación de que existe una equidad natural y republicana, superior a los odios o a los prejuicios de clase, pudo modificarse la actitud de ciertos antiguos revolucionarios.¹¹ Estas conversiones de algunos de sus antiguos jefes, sumieron a la clase obrera en profundo desorden; más de un socialista trocó en desaliento el pasado entusiasmo, y muchos trabajadores hubieron de preguntarse si la organización socialista iba a convertirse en una variedad de la política, un medio de llegar. Pero, al mismo tiempo que se producía ésta evolución, que llenó de júbilo el corazón de los pacificadores, recrudeció el espíritu revolucionario en gran parte del proletariado. A partir del día en que al gobierno republicano y los filántropos se les puso en la cabeza la idea de exterminar al socialismo, desarrollando la legislación social y atenuando las resistencias patronales en las huelgas, pudo observarse que los conflictos revestían un carácter más agudo que antaño.¹² Frecuentemente se explicó esto juzgándolo un accidente imputable a los errores antiguos, pues se gusta de pensar que todo irá perfectamente bien cuando los industriales comprendan mejor las costumbres de la paz social.¹³

Yo creo, por el contrario, que tal fenómeno deriva materialmente de las condiciones en que se opera la pretendida pacificación.

¹¹ En materia de payasadas sociales hay muy poco nuevo bajo el sol. Aristóteles había dado ya reglas para la paz social, pues dijo que los demagogos "no debían preocuparse en sus arengas sino por el interés de los ricos, tanto como en las oligarquías, el gobierno no debe mirar más que el interés del pueblo" (*Op. cit.*)

He ahí un texto que debiera inscribirse en la puerta de las oficinas de la Dirección del Trabajo.

¹² Véase *Insegnamenti sociali*, de J. Sorel, p. 343.

¹³ Jaurès afirmaba, en su discurso del 11 de mayo de 1907, que ningún país tuvo tantas violencias como Inglaterra, en tanto los patronos y el gobierno se negaron a aceptar los sindicatos. "Han cedido, y ahora existe la acción vigorosa y robusta, pero legal, firme y prudente".

Observo ante todo, que las teorías y manejos de los pacificadores tienen por base la noción del deber y que el deber es algo completamente indeterminado, mientras que el derecho busca las determinaciones rigurosas. Depende la diferencia indicada de que el segundo tiene asentadero real en la economía de la producción, en tanto que el otro se funda en sentimientos de resignación, bondad y sacrificio. Y, ¿quién juzgará si el sometido al deber fue bastante resignado, bastante bueno, bastante sacrificado? El cristiano está persuadido de que nunca podrá hacer todo lo que el Evangelio le ordena, y cuando se ve libre de las ligaduras económicas (en el convento) urde una multitud de obligaciones piadosas para acercar su vida a la de Cristo, que amó a los hombres hasta el extremo de aceptar ignominiosa muerte por rescatarlo. Pero en el campo económico cada cual circunscribe su deber ateniéndose a la repulsión que le produce renunciar a determinadas utilidades; si el patrono juzga siempre que ha cumplido con la plenitud de su deber, el obrero opina lo contrario, y ninguna razón concluirá con semejante divergencia; el primero puede creerse heroico y el segundo calificar de explotación bochornosa el supuesto heroísmo. El contrato de trabajo no es una venta para nuestros grandes pontífices del deber. Nada más sencillo que una venta; nadie se preocupa de saber si tiene razón el comerciante o la tiene el comprador cuando no se ponen de acuerdo en el precio del queso: el comprador se va a otro establecimiento donde lo obtiene más barato, y el comerciante se ve forzado a variar los precios cuando pierde la clientela.

Pero si se produce una huelga, la cuestión varía: los bondadosos, los progresivos y los republicanos se dedican a esclarecer cuál de los contrincantes tiene razón: tener razón es haber cumplido plenamente el deber social propio. Le Play dio muchos consejos sobre el modo de organizar el trabajo para el buen cumplimiento del deber; pero como no podía determinar la extensión de las obligaciones correspondientes a unos y otros, las encomendaba al tacto individual, al sentimiento exacto de la clase, a la apreciación inteligente, por parte del patrono, de las verdaderas necesidades del obrero.¹⁴ Los patronos aceptan

¹⁴ La Play: *Organisation du travail*, cap. II, parág. 21. Según él, las

generalmente la discusión en este terreno. A las demandas de los trabajadores contestan con la afirmativa de haber alcanzado el límite de las concesiones otorgables; entre tanto, los filántropos se preguntan si los precios de venta permiten acrecentar los salarios un poco más. Semejante discusión supone que se sabe hasta dónde ha de llegar el deber social, y qué sacrificio proseguirá haciendo el patrono para poder conservar su jerarquía. Y como no existe razonamiento capaz de resolver tamaño problema, los discretos proponen se recurra al arbitraje. Rabelais hubiese dicho que se recurriese a la suerte de los dados. Por su parte, los representantes del país, cuando se trata de una huelga grave reclaman a voz en grito una encuesta que determine si los industriales cumplen bien sus funciones de amos buenos.

Con tal arbitrio que, sin embargo, parece absurdo, se obtienen buenos resultados, porque, de una parte, los grandes patronos se educaron en ideas cívicas, filantrópicas y religiosas,¹⁵ y porque, por otra, no pueden mostrarse muy tozudos cuando ocupan alta posición en el país aquellos que les piden ciertas cosas. Los conciliadores aplican todo su amor propio a la obtención del triunfo, y se molestarían mucho si los industriales les impidieran "hacer" paz social. La posición de los obreros resulta más favorable, pues el prestigio de los pacificadores es, para con ellos, menor que respecto a los capitalistas, quienes transigen con más facilidad que los obreros para facilitarles a las almas buenas la satisfacción de dar término al conflicto. Pero se observa que estos procedimientos triunfan poquísimas veces cuando el negocio está en manos de antiguos trabajadores enriquecidos: las consideraciones literarias, morales y sociológicas, conmueven muy poco a las personas no nacidas en la burguesía. Los llamados a intervenir en los conflictos, según queda expuesto, se ven inducidos al error por sus juicios respecto a ciertos secretarios de sindicatos a las que hallan mucho menos intransigentes de lo que creyeran, y hasta maduros para com-

fuerzas morales merecen ser más atendidas que los sistemas imaginados para arreglar el salario de modo más o menos automático.

¹⁵ A propósito de las fuerzas que tienden a conservar los sentimientos de moderación, véase *Insegnamenti sociali*, tercera parte, cap. V.

prender la paz social. Y como en el transcurso de las sesiones de conciliación, más de un revolucionario deja al descubierto su alma de aspirante a la pequeña burguesía, nunca faltan personas inteligentes que imaginen que las concepciones socialistas y revolucionarias son un simple accidente, que podría descartarse estableciendo mejores prácticas en las relaciones de clase a clase.

Piensan que el mundo obrero, en masa, comprende la Economía en el aspecto del deber, y están persuadidos de que, dándoles mejor educación social a los ciudadanos, se lograría un acuerdo. Veamos ahora bajo qué influencias se provoca el otro movimiento tendiente a agudizar los conflictos. Fácilmente los obreros se percatan de que el trabajo de conciliación o de arbitraje no se asienta en ninguna base económica-jurídica, y su táctica —quizá instintivamente— se orientó en forma adecuada a ello. Ya que entran en liza los sentimientos, y, sobre todo, el amor propio de los pacificadores, conviene herir con fuerza la imaginación de éstos y convencerlos de que es la suya obra de titanes. Han de acumularse, pues, las peticiones, y se expondrán cifras, ateniéndose un poco al azar, y sin miedo a exagerarlas.

A menudo, el éxito de una huelga depende de la habilidad con que un sindicato (consciente del espíritu de la diplomacia social) acierte a incluir reclamaciones que, siendo accesorias en sí mismas, produzcan la impresión de que los contratistas industriales no cumplen su deber social. Muchas veces los autores que se ocupan de estos temas se asombran de que transcurran muchos días antes de que los huelguistas estén plenamente seguros de lo que deben reclamar; el que, al fin, surjan peticiones no mencionadas en los precedentes tratos. Ello se explica sin dificultad con sólo que se medite acerca de las extrañas condiciones en que se efectúa la discusión entre los interesados. Me sorprende que no haya huelguistas profesionales, que se encargaran de componer el cuadro de las reivindicaciones obreras. Sería tanto mayor el éxito suyo en las comisiones de conciliación, cuanto que no se dejarían deslumbrar

por buenas palabras tan fácilmente como los delegados de los trabajadores.¹⁶

Cuando termina una lucha no faltan obreros que manifiesten recordar que los patronos habían asegurado, al principio, serles imposible otorgar nuevas concesiones, y ello los impulsa a tenerlos por ignorantes o mentirosos. ¡No son tales consecuencias las más adecuadas para desarrollar la paz social! Mientras los trabajadores sufrieron sin protesta las imposiciones patronales, pensaban que la voluntad de sus amos estaba subordinada en absoluto por las necesidades económicas; luego de la huelga advierten que dicha necesidad no existe de modo muy riguroso y que, al ejercerse desde abajo una presión enérgica sobre la voluntad del patrono, éste halla medio de orillar las nominales trabas de la Economía. Así (manteniéndose en los límites de la práctica) el capitalismo se presenta a los obreros como libre, y ellos razonan cual si lo fuese del todo. Lo que a juicio suyo restringe tal libertad, no es la precisión emanada de la competencia, sino la ignorancia de los jefes industriales. De tal modo se ha cimentado el concepto de la infinitud de la producción, que en el socialismo de Marx es uno de los postulados de la teoría de la lucha de clases.¹⁷

¿Por qué, entonces, hablar de deber social?

El deber se comprende en una sociedad cuyas partes son estrechamente solidarias entre sí; pero, siendo inagotable el capitalismo, la solidaridad ya no tiene por base lo puramente económico, y los obreros se considerarían engañados si no exigiesen todo lo que pueden obtener, pues juzgan al patrono como un adversario con quien se trata después de una guerra. *No hay de deber social más de lo que haya de deber internacional.* Las precedentes ideas son, y lo reconozco, un tanto confusas para bastantes cerebros: pero existen de más estable manera que lo suponen los partidarios de la paz social. Éstos se dejan engañar por las apariencias y no ahondan hasta las raíces

¹⁶ La ley francesa del 27 de diciembre de 1892 parece haber previsto semejante posibilidad. Perceptúa que se elija de entre los interesados a las personas que formarán las comisiones de conciliación, y aleja así a esos profesionales, cuya presencia haría hartó precario el prestigio de las autoridades o de los filántropos.

¹⁷ J. Sorel: *Insegnamenti sociali*, página 390.

oscuras que sostienen a las tendencias socialistas actuales. Antes de pasar a otras reflexiones debe observarse que nuestros países latinos ofrecen gran dificultad para la formación de la paz social. Las clases están separadas más netamente por caracteres externos que en los países sajones; y esta división perturba mucho a los jefes de sindicato cuando abandonan sus antiguos hábitos para tomar sitio en el rumbo oficial o filantrópico.¹⁸

Ese mundo los recibe complacido desde que comprenden que la táctica del aburguesamiento progresivo de los funcionarios sindicalistas podía producir excelentes frutos; pero los camaradas de dichos jefes los miran con desconfianza. Ésta se ha avivado más en Francia desde que un buen número de anarquistas ingresó al movimiento sindical pues horripila al anarquismo todo lo que le recuerda los procedimientos de los políticos, a quien devora el ansia de trepar a las clases superiores y que, aún siendo pobres, tienen ya el espíritu capitalista.¹⁹ La política social ha aportado elementos nuevos, con los cuales es necesario contar. Puede observarse, ante todo, que los obreros cuentan hoy día en el mundo con títulos idénticos a los de los varios grupos productores que piden protección; debe tratárseles con la misma solicitud que a los viticultores o a los fabricantes de azúcar.²⁰ En el proteccionismo

¹⁸ Cuántas personas vieron de cerca a los jefes de las *Trade-Unions*, notaron la diversidad que en éste punto de vista, hay entre Francia e Inglaterra. Los jefes de las Confederaciones del Trabajo se vuelven *gentlemen* rápidamente, sin que ello motive censuras. (P. de Rousiers: *Le trade-unionisme en Angleterre*, págs. 309 y 322). Al corregir esta prueba leo un artículo de Jacques Bardoux donde se informa que un carpintero y un minero obtuvieron de Eduardo VII el título de caballero. ("Débats", 16 de diciembre de 1907).

¹⁹ Hace años Arsene Dumont inventó el término de *capilaridad social* para definir la lenta ascensión de las clases. Si el sindicalismo siguiera las inspiraciones de los pacificadores sería un poderoso agente de capilaridad social.

²⁰ Se ha señalado a menudo que la organización obrera británica es sólo un sindicato de intereses, que procura ventajas materiales próximas. Esta situación encanta a muchos escritores, que ven en ella, y con motivo, una dificultad para la propaganda socialista. Fastidiar a los socialistas, aún a costa del progreso económico, de la salvación y de la cultura

no hay nada determinado. Los derechos de aduanas se establecen a gusto de influyentes personalidades, que desean acrecentar sus rentas; la política social procede del mismo modo. El gobierno proteccionista pretende hallarse en posesión de elementos a propósito para saber lo que puede concederse a cada grupo y defender a los productores sin causarles perjuicio a los consumidores; la política social anuncia tomar en consideración los intereses patronales y los obreros. Fuera de las Facultades de Derecho, son escasas las personas suficientemente cándidas para creer posible que el Estado cumpla tal programa; de hecho, los parlamentarios se deciden en forma tal que, sin producir protestas hartas vivas de las gentes sacrificadas, favorecen los intereses de mayor influjo en las elecciones. No existe otra regla que el interés verdadero o presunto de los electores. A diario, la comisión aduanera retoca sus tarifas y asegura que no cesará de retocarlas en tanto no logre asegurar precios remuneradores, a juicio suyo, para aquellos cuya Providencia se ha empeñado en ser. No quita el ojo a las operaciones de los importadores y cualquier baja de precios, despierta su atención e investiga para saber si podría producirse artificialmente un alza en los valores. La política social se practica, con plena exactitud, de idéntico modo. El 27 de junio de 1905, decía en la Cámara de Diputados, el ponente de una ley relativa a la duración del trabajo en las minas: "Para el caso de que la aplicación de la ley produzca decepciones a los obreros, hemos aceptado el compromiso de presentar inmediatamente un nuevo proyecto". El buen hombre se expresaba lo mismo que el ponente de una ley aduanera. No faltan obreros que comprendan perfectamente como el fárrago de literatura parlamentaria sirve tan sólo para enmascarar los verdaderos móviles que dirigen a los gobernantes. Los proteccionistas venecen subvencionando a poderosos jefes de partido o sosteniendo periódicos que defiendan la política de éstos. Los trabajadores carecen de pecunia, pero poseen un medio de acción más eficaz: pueden *inspirar miedo*, y ya hace años que no se privan del recurso.

del porvenir: he ahí la gran finalidad que se proponen ciertos grandes idealistas de la burguesía filantrópica.

Al discutirse la ley sobre el trabajo minero se habló, no pocas veces, de las amenazas dirigidas al gobierno: el 5 de febrero de 1902, le decía a la Cámara el presidente de la Comisión que el Poder "escuchaba atentamente los ruidos de afuera, y que, a impulsos de generosa benevolencia, consintió llegasen a él, *fuere su tono cual fuere*, las reivindicaciones obreras y el dilatado grito de sufrimiento de los trabajadores mineros". Y añadía poco más tarde: "Hemos hecho obra de justicia social... también obra de bondad, yendo cual amigos (deseosos únicamente de trabajar en paz y sujetos a condiciones honrosas), hasta los que sufren, a quienes no debemos, por intransigencia brutal y egoísta, dejar entregarse a impulsos que, sin ser de revuelta, no dejarían de producir igual número de víctimas".

Esta embrollada fraseología estaba destinada a disimular el horroroso miedo que ahogaba a este diputado grotesco.²¹ En la sesión senatorial del 6 de noviembre de 1904, el ministro declaraba que el gobierno no podía doblegarse a las amenazas, pero que necesitaba aplicar, no ya el oído y la inteligencia, sino también el corazón "a las reclamaciones respetuosas". ¡Poca agua había pasado bajo los puentes desde que el gobierno prometiera la ley bajo la amenaza de una huelga general!²²

Para demostrar que el factor más determinante de la política social es la pusilanimidad del gobierno, aún podría elegir otros ejemplos. Eso se manifestó ostensiblemente en recientes debates que versaron sobre la supresión de las agencias de colocaciones y a la ley que llevara a los tribunales civiles las apelaciones contra los bandos arbitrales. Casi todos los jefes de sindicato saben sacar excelente partido de tal situación, y enseñan a los obreros que no se trata de pedir mercedes, sino de aprovechar la cobardía burguesa para imponer la voluntad del proletariado. Hay demasiados casos que avalan esta táctica co-

²¹ Semejante imbécil ha llegado a ministro de Comercio. Todos sus discursos sobre la materia rebasan de galimatías. Fue médico alienista, y tal vez, se vio influido por la lógica y el lenguaje de sus clientes.

²² Afirmaba el ministro que practicaba "verdadera democracia" y que constituye labor demagógica "obedecer a presiones exteriores, a intimaciones altivas que son, casi siempre, cebos groseros preparados para la credulidad de gente cuya vida es penosa".

mo para que no se arraigue en el mundo entero. Una de las cosas que me parece haber producido más extrañeza a los trabajadores, en el decurso de los últimos años, es la timidez de la fuerza pública ante los motines: las autoridades que tienen derecho a requerir el empleo de las tropas, no se atreven a utilizar ese poder sino en último extremo, y los oficiales soportan injurias, y hasta golpes, con paciencia que antaño no se les conocía. Se ha evidenciado, y el hecho no cesa de afirmarse, que la violencia obrera posee extraordinaria eficacia en las huelgas. Los proyectos, que temen tener que servirse de la fuerza legal contra la violencia insurreccionista, actúan sobre los patronos para obligarlos a ceder; la protección de las fábricas se considera, ahora, como favor del cual dispone a su guisa el prefecto, quien, por tanto, dosifica el uso de su policía para intimidar a entrambas partes y conducir las diestramente a un arreglo.

Los jefes de sindicato no necesitaron mucho tiempo para darse cuenta de la situación, y es de justicia reconocer que utilizan con excepcional fortuna el arma que se les pone en la mano. Se esfuerzan en amedrentar a los prefectos con manifestaciones populares susceptibles de producir conflictos graves con la policía, y preconizan la acción tumultuaria como la más eficaz para obtener concesiones. Pocas veces la Administración, obsesa y espantada, deja de intervenir, al cabo de algún tiempo, con los jefes industriales y de imponerles transacciones que resultan alentadoras para los propagandistas de la violencia. Ya se apruebe o condene el llamado método directo y revolucionario, es notorio que no se halla cercano a la desaparición. En un país tan belicoso como Francia hay sólidas razones para que el método goce de seria popularidad, aun sin que evidencien tantos ejemplos su prodigiosa eficacia. Es el gran hecho social del presente y precisa procurar la comprensión de su alcance. No quiero privarme de mencionar aquí una reflexión de Clemenceau a propósito de nuestras relaciones con Alemania, y que es asimismo aplicable a los conflictos sociales que revisten el aspecto violento (llamado, sin duda, a extenderse más y más conforme una burguesía cobarde avanza persiguiendo la quimera de la paz social): "No hay medio me-

mejor —decía de la política de perpetuas concesiones— para decidir al adversario a que exija siempre más.

El hombre o la potencia cuya acción consiste sólo en ceder, no puede enfrentarse sino a su eliminación de la existencia. El que vive resiste; quien no resiste, se deja despedazar trozo a trozo" ("L'Aurore", 15 de agosto de 1905).

Una política social basada en la cobardía burguesa consistente en ceder ante la amenaza, no se exime de producir la idea de que la burguesía está condenada a muerte y de que su desaparición es cuestión de tiempo. Así, cada conflicto originario de violencias resulta combate de vanguardia, cuyos frutos no es hacedero barruntar; poco importa que se aleje el choque terrible, pues cada vez que se llega a las manos, los huelguistas esperan que surja la gran batalla napoleónica (en la que se aplasta definitivamente a los vencidos). Así se engendra con la práctica de las huelgas, el concepto de una revolución catastrófica.

Un buen observador del movimiento obrero contemporáneo ha expresado las mismas ideas: "Como sus antepasados —los revolucionarios franceses— están por la lucha, por la conquista: quieren efectuar por la fuerza grandes obras. Sólo que no les interesa la guerra de conquista. En vez de pensar en los combates, piensan ahora en la huelga; en vez de cifrar su ideal en la lucha contra los ejércitos de Europa, lo sitúan en la huelga general, destructora del régimen capitalista."²³

Los teóricos de la paz social no quieren ver los hechos que les molestan; sin duda les abochorna el reconocer su cobardía, tanto como avergüenza al gobierno declarar que desarrolla la política social bajo amenazas de disturbios. Es curioso que aquellos que se vanaglorian de haber leído a Le Play, no advirtieran en él, respecto a la paz social, otra idea muy distinta de la tenida por sus imbéciles sucesores. Le Play imaginaba la existencia de una burguesía austera en las costumbres, compenetrada con el sentimiento de su dignidad y poseedora de la energía indispensable para gobernar el país sin el concurso de la burocracia tradicional. Y a tales hombres, dueños de la riqueza y el poder pretendían enseñarles el deber social

²³ Ch. Guieysse, *op. cit.* pág. 125.

tocante a los súbditos. Su sistema suponía la existencia de una autoridad indiscutida y deploraba como escandalosa y licenciosa la libertad de la Prensa, según existía en la época de Napoleón III. Sus reflexiones sobre el asunto promueven sonrisas en aquellos que comparan los periódicos de entonces a los de hoy.²⁴

En su tiempo, nadie hubiese comprendido como un gran país aceptaba la paz a cualquier precio: sus opiniones en la materia no diferían mucho de las de Clemenceau. Nunca admitió que se tuviese la falta de valor y la hipocresía de adornar con el nombre de deber social lo pusilámne de una burguesía incapaz de defenderse. La cobardía burguesa es muy semejante a la del partido liberal inglés, que a cada instante proclama su fe en el arbitraje internacional. El arbitraje produjo siempre resultados desastrosos para Inglaterra,²⁵ pero esos pusilánimes prefieren pagar y hasta comprometer el porvenir de su país, antes que afrontar los horrores de la guerra. El partido liberal inglés, como nuestra burguesía, tiene siempre la palabra justicia en los labios: cabría preguntarse si la insigne moral de los grandes pensadores contemporáneos tienen por base la degradación del sentimiento del honor.

²⁴ Refiriéndose a las elecciones de 1869 decía que se habían “empleado entonces violencias de lenguaje que Francia no había oído ni aún en los peores días de la Revolución”. (*Organisation du travail*, 3ª ed. p. 340). Evidentemente se trata de la Revolución de 1840. En 1873 declaraba que el Emperador no tuvo porqué alabarse al abrogar el sistema de opresión impuesto a la prensa antes de haber reformado las costumbres del país. (*Réforme sociale en France*, 3ª ed. t., III, p. 356).

²⁵ Hace ya mucho tiempo observó Summer Maine que Inglaterra sigue la suerte de los querellantes antipáticos. (*La droit international*, trad. franc., p. 279). Muchos ingleses juzgan que humillando a su nación resultarán más simpáticos: esto no está bien demostrado.

CAPÍTULO II

LA DECADENCIA BURGUESA Y LA VIOLENCIA

- I. — *Parlamentarios que obran por el temor. Los métodos de Parnell. Casuística. Identidad fundamental de los grupos del socialismo parlamentario.*
- II. — *Degeneración de la burguesía a causa de la paz. Concepciones de Marx sobre la Necesidad. El rol de la violencia para restaurar las antiguas relaciones sociales.*
- III. — *Relaciones entre la revolución y la prosperidad económica. Revolución francesa. Conquista cristiana. Invasión de los bárbaros. Peligros que amenazan al mundo.*

I

Se hace penoso comprender la violencia proletaria cuando se busca razonar sirviéndose de los principios que la filosofía burguesa derramara por el mundo; pues, según ella, la violencia es rezago de la barbarie y está llamada a desaparecer por el influjo del progreso. Resulta, pues, natural que Jaurès, nutrido de ideología burguesa, abrigue profundo desprecio para los que alaban la violencia proletaria. Asombrado de ver cómo los socialistas instruidos están de acuerdo con los sindicalistas, pregunta porqué prodigio de mala fe, tantos hombres calificados de pensadores acumulan *sofismas* para dar apariencias razonables a los ensueños de personajes zafios que no raciocinan.¹ El asunto apasiona a los amigos de Jaurès, que mo-

¹ A lo que parece, se habla así del movimiento proletario en el distinguido mundo del socialismo refinado.